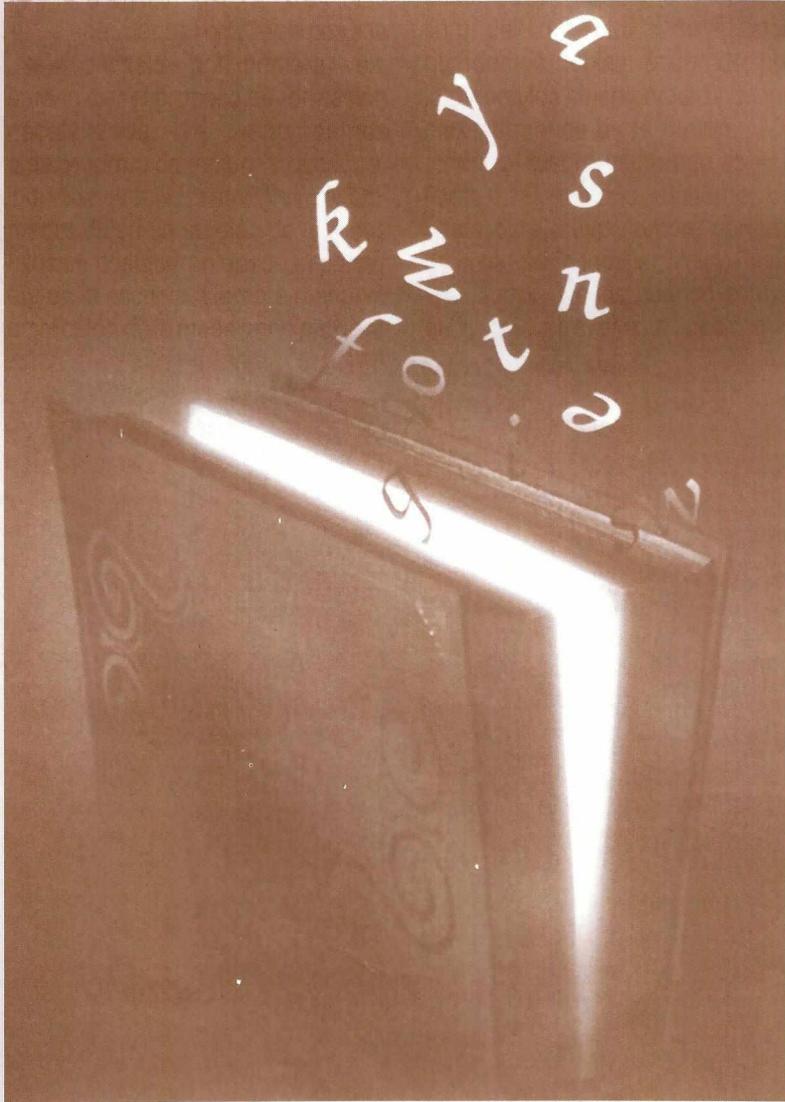


MEMORIA Y ENCANTO DE MI PRIMER LIBRO



HELENA MARTÍNEZ SÁNCHEZ
Mag. en Evaluación en Educación
Docente de la Facultad de Educación UCC



Cuando unos de mis hermanos y yo, llegamos a la escuela, por primera vez, para iniciar el proceso de formación escolarizada, ya manejábamos alguna forma de lectura y escritura, inducida habilidosamente por mi madre quien en su afán de que sus hijos se destacaran desde el primer día en la escuela, siempre mantuvo en el cajón de la mesa principal de la

casa: papel, lápiz y un hermoso libro, del cual estoy segura, todos guardamos nobles recuerdos; por lo menos los cinco primeros de los diez hermanos de la familia. Me refiero al tesoro encerrado en ese librito azul, tamaño cuaderno, de pasta dura, cuyo nombre perdura en la memoria familiar: Mila, Piolín y el Burro. Desde cuándo estuvo allí?, me atrevería a decir que

desde siempre, por lo menos así lo recuerdo. Eran tres los hermosos personajes que engalanaban las hojas de aquel hermoso y singular libro: Mila una hermosa niña aldeana, con su traje campesino y un hermoso rostro, de aproximadamente ocho años quien compartía sus quehaceres como niña campesina con sus mascotas que se constituyeron en los grandes símbolos y preciadas entretenimientos: el canario Piolín y el Burro cuyo pelaje gris aparecía radiante con los matices que la luz de aquel libro le imprimían.

Ese recuerdo, rodeado de un mundo de fantasía, cuando sin la necesidad de descifrar palabras, se leía el paisaje, las cabriolas del Burro, las travesuras de Piolín y la abnegada dedicación de Mila en los cuidados de sus animalitos, y el desarrollo en las labores campesinas, puedo considerarlo como mi primer libro. Pero quiero referirme a la lectura. Sí a la lectura de la palabra escrita que mi madre también se preocupó por direccionar. Yo sabía leer todo lo que ocurría a mi alrededor. Ese mundo infantil, acompañado por los mayores que se ocuparon de que entendiera que la cocina y sus implementos cumplían funciones importantes para toda la familia, cuidar los niños con la dedicación y responsabilidad de hermana mayor y qué decir de todo aquello que formaba parte del taller de herrería y luego de mecánica donde mi padre, inmiscuído en su función de

CONTINÚA PÁG. 9

sostenedor y dador de todo lo que era menester en el hogar, todos los días desarrollaba sus labores y me llamaba para que aprendiera qué funciones desempeñaban las tenazas, los punzones, la forja, el radiador, el esmeril, el yunque, el martillo, cómo se accionaban y qué utilidad prestaban y claro, ahí aprendí a leer el mundo, mi mundo, el microcosmos que para mí era inconmensurable, quedaba solamente una tarea por desarrollar: escribir.



**EL PERFIL Y PALOTE, FUE LA
MEJOR MANERA QUE
ENCONTRÓ MI MADRE,
PARA QUE
"SOLTARA LA MANO"**

Así también en una recreación permanente, se fueron construyendo y dibujando las letras que luego encadenadas armónicamente formaron las palabras.

En el recuerdo vago de mi infancia, los libros, mis primeros libros, ocupan un lugar predilecto. Luego de Mila, Piolín y el Burro, desfilaron: la cartilla Objetiva de Baquero, libro que una vez matriculada en la escuela, me permitió leer ya la palabra escrita, la Geografía e Historia de Santander, se fue abriendo para que encontrara la realidad del mundo que desde antes había visualizado, ahora con letras, palabras, frases y toda una construcción gramatical que mucho más tarde comprendería. No fue en vano el aprendizaje hogareño, en esa primera escuela que contara con mi primera maestra: mi madre. Más adelante, con la avidez y la

curiosidad como compañeras, los libros de poemas inundaron mi fantasía y me llevaron a la realidad, fue en la literatura infantil, los poemas y las fábulas donde mayor deleite encontré y abonaron el terreno para que me constituyera en una lectora por placer.

En la cumbre de mi vida, reconozco y ubico claramente los aportes de Paulo Freire¹ desde La Importancia del Acto de Leer cuando enfatiza que *la lectura del mundo precede a la lectura de la palabra*. Es bien válido que el escrito que no lleva conexión con una realidad vivida puede tornarse incomprensible, sin sabor y totalmente abstracto. Es necesario, como fue para mí, encontrar en los libros aquello de lo cual tenía un cúmulo de conocimientos previamente desarrollados. Considero que leer fue y seguirá siendo para mí todo un proceso que permanece como aditamento necesario en los avances por los mundos de los sueños y las realidades de la vida. También retomo a Roland Barthes² cuando en su obra El Susurro del Lenguaje, asevera que leer es un placer. Nada más agradable y placentero que recurrir a un buen libro en los momentos en que se me

antoja encontrar algo. Algo relacionado con lo que quiero ampliar en mi mundo del saber, algo que me recree y me permita recrear. Es un hábito recurrir a los libros, en ellos me sumerjo, les extraigo su savia, los devoro, y así se han convertido en mis inefables compañeros. No es de hoy, es de siempre, los libros, mis primeros libros, me señalaron caminos que aún recorro. En mis lejanos recuerdos, encuentro cómo en la academia, cuando se trataba de evadir alguna tarea, tediosa a mi modo de ver, o para amenizar los ratos de trabajos manuales, rápidamente me ofrecía como la lectora que con gran placer entonaba las lecturas para todo un grupo: La Manuela, Rosalba, Quo Vadis, La Vorágine, Una mujer de cuatro en conducta, En Noviembre llega el Arzobispo y muchas obras más desfilaron por mis manos y contribuyeron a mi formación lectora. Así también con ese bagaje lector, la pluma fácilmente resbaló por mis manos, porque de eso estoy segura, quien habitualmente lee, fácilmente escribe.

¹ FREIRE, Paulo. La importancia de leer y el acto de liberación. s.m.d.

² BARTHES, Roland. El susurro del lenguaje. s.m.d.